

La representación de los chinos en el imaginario de los occidentales

Grégory Lee

Sinólogo y Director del Institut d'Études Transtextuelles et Transculturelles (IETT), Universidad de Lyon

Resumen

La manera en que nos imaginamos hoy en día al inmigrante chino, al chino en la diáspora, está realmente imbricada en un imaginario histórico occidental de China y los chinos. Esta imbricación se ve acentuada por la imposibilidad que tienen los descendientes de inmigrantes para diferenciarse de los autóctonos: un americano de origen chino (chinoamericano) sigue siendo un chino a los ojos del americano que no es de origen chino. En este artículo, el autor intenta situar la imagen del individuo chino contemporáneo dentro del contexto de este imaginario histórico que tiene el occidental de las personas de aspecto chino. Se basa principalmente en la representación de los chinos en el discurso del imaginario colectivo dominante, no sólo en Estados Unidos e Inglaterra, sino también en Francia. Los chinos, al igual que China, han experimentado varias representaciones y, si bien en cada momento de la historia la imagen del chino ha tenido distintos matices, lo que predomina desde hace dos siglos es una negativa y a menudo se expresa con las mismas metáforas y estereotipos que ya eran comunes en el siglo XIX.

Introducción

Los chinos en China y en la diáspora han vivido varias etapas históricas. En la época de la Ilustración, se representaron como depositarios de sabiduría; más tarde, en el momento de la expansión colonialista del siglo XIX, se convirtieron en el "peligro amarillo"; después, tras el establecimiento de la China Popular, como un "peligro rojo" que amenazaba con invadirnos como hormigas; por último, también se representarán como expertos en artes marciales milenarias y nuevos poseedores de la sabiduría oriental, además de como una amenaza económica que puede debilitar la economía occidental y aumentar el paro entre los trabajadores occidentales.

En el imaginario actual de los franceses, la amenaza económica que representan los chinos tanto en Francia en su cali-

dad de trabajadores, como en China, donde creen que se van a deslocalizar sus empleos, coexiste con la China como paraíso de sabiduría y alternativa espiritual de ver el mundo. Así pues, para un buen número de franceses, China se reduce al *fengshui* –muy de moda–, a los rollitos de primavera o *nems* y al eslogan "¡practique el zen!".

Es cierto que el *fengshui* o geomancia procede de la cultura popular china, pero la forma en que se explota en Europa, bastante ambigua, como un componente de las prácticas de la nueva era, no tiene mucho en común con las prácticas supersticiosas de esta ciencia china premoderna. Los *nems* constituyen sin duda una exquisitez culinaria, pero este plato no es chino, sino más bien una especialidad vietnamita. Y el *zen*, aunque se relaciona con el budismo de la escuela Chan china, que viene del sánscrito *channa*, se ha convertido en una práctica japonesa, y ahora francesa. Pero, ¿se limita el *zen* a esta noción reductora de que todos los orientales son tranquilos, inmutables e incapaces de expresar una

“ En el imaginario actual de los franceses, la amenaza económica que representan los chinos tanto en Francia en su calidad de trabajadores, como en China, donde creen que se van a deslocalizar sus empleos, coexiste con la China como paraíso de sabiduría y alternativa espiritual de ver el mundo.”

emoción fuerte? Seguramente las doctrinas de esta escuela budista son un poco más complejas de lo que nos explican las locutoras que parlotean en la radio a las dos de la madrugada.

En el ámbito de la política y los medios de comunicación, China se asocia a menudo a la represión en el Tíbet. Pero, ¿acaso es justo describir a todo un pueblo, más de 1.500 millones de personas, en función de una política que no tienen ningún poder para modificar? ¿Acaso los propios chinos no se merecen nuestra simpatía y compasión?

Desde hace algún tiempo, se acusa a China de robar los empleos occidentales practicando unos precios demasiado bajos y unos salarios miserables. En el siglo XIX nos quejábamos de que los chinos venían a nuestros países para trabajar y ahora nos lamentamos porque los empleos occidentales se deslocalizan.

Estos elementos nos ofrecen una imagen de China muy pobre y simplista. Desgraciadamente, la visión que tienen

de China muchos franceses se resume a esto. Esta imagen no se corresponde con una sociedad que puede presumir de tener una civilización que se remonta a entre cinco y siete mil años, una población que representa una cuarta parte de la humanidad y una economía en pleno auge.

El último punto que es importante destacar en lo referente a este imaginario elemental de China está relacionado con la geografía. La realidad de la China actual no puede ser considerada seriamente por una Francia que asocia a los chinos con los *nems* congelados, y que mezcla China y Vietnam o Japón y China. ¿Cuántos franceses conocen realmente la diferencia entre Japón y China? ¿Cuántos saben dónde se encuentran en el mapamundi? ¿Cuántos de ellos saben que el chino es tan distinto del japonés como el francés del sueco?

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Después de todo, en Francia existe un sistema escolar, en particular en lo referente a la escuela primaria, que es la envidia del mundo entero. ¿Cómo puede ser que esta sociedad y esta civilización, tan complejas y diversas, se reduzcan para muchos de nosotros a una nación cuyos habitantes comen perro, un pueblo demasiado a menudo amalgamado a una masa asiática u oriental? O, dicho de otro modo, a la idea de que todos los asiáticos se pueden intercambiar con los chinos.

Hace poco encontré un modelo de examen de selectividad de Historia en un servicio de Internet destinado a los alumnos de enseñanza secundaria. En esta página web se afirmaba que, durante la Segunda Guerra Mundial, la Indochina francesa había estado bajo la ocupación china, cuando de hecho fue Japón el que ocupó Indochina y una gran parte de la propia China. ¿Ignorancia? ¿Falta de cultura general? Quizás sí. O quizás simplemente es una prueba de que en el imaginario colectivo todo queda muy lejos, es muy amarillo y muy similar.

China y Asia, representadas en estos textos publicitarios (misticados, imprecisos, sin contexto histórico) y en los textos populares que presentan la "auténtica" China del *fengshui* y del *taichi* en las secciones de los supermercados, no se corresponden con las verdaderas China y Asia. En última instancia, ¿de quién es la culpa? Porque si estas ideas se encuentran en la cultura popular, no hay que olvidar que esta misma cultura popular se basa en una tradición erudita orientalista.

Hace dos o tres años, la cadena de supermercados Auchan hizo una campaña publicitaria llamada "Invitaciones al viaje"

para promocionar sus platos congelados. En uno de los lados de un anuncio se podía ver la imagen de un envase de *nems* con cerdo, "Receta de Vietnam". Al margen de la ilustración de los *nems* en un plato chino, lo cual ya resulta bastante incongruente, se veía a dos sonrientes culis, un hombre y una mujer, que llevaban dos sombreros vietnamitas sobre un decorado de barcos en una bahía que se suponía que estaba en Vietnam. El paquete tenía impreso una especie de etiqueta de denominación de origen controlada, "Receta de Vietnam". En el otro lado del anuncio se presentaba un envase de cerdo laqueado y arroz cantonés (cinco minutos en el microondas), impreso como "Receta de China". Esta vez no hay duda res-

pecto al escenario: se trata de la Ciudad Prohibida en Beijing. El único problema es que aparecen los mismos campesinos sonrientes, con sus sombreros vietnamitas.

¿Cómo podemos contentarnos con estos pocos estereotipos y cuánto hace ya que dura esto? En nuestro imaginario, no todo es negativo, pero tampoco todo se corresponde con la reali-

dad. Hay, por ejemplo, una parte de desconocimiento, alimentado por los medios de comunicación que ofrecen una imagen exótica de China. Y, después, está el imaginario del desprecio, un desprecio que equivale a una especie de racismo contra los chinos. Ambos tienen su historia.

Sabemos que en un cierto momento los europeos demostraron mucho interés y mucho respeto por China. El funcionamiento de la Administración y el sistema francés de oposiciones, al igual que el de los británicos, proceden de China. Los filósofos de la Ilustración encontraron en China una fuente de inspiración política y religiosa y un modelo gubernamental. Pero a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, todo cambió radicalmente. Los filósofos franceses arrinconaron a China, por la que a partir de entonces sólo se interesaron los orientalistas. La admiración dio paso al desprecio respecto a China. Este desprecio se remonta al momento en que las grandes potencias especularon primero con abrir China al comercio, después con dominarla económicamente y militarmente, y, finalmente, con mantener con ella relaciones desiguales. Los escolares chinos conocen bien esta historia. En Europa, América del Norte o Japón se habla poco o nada de ello. En general, podemos decir que la población china está más informada sobre el resto del mundo que a la inversa.

A partir de mediados del siglo XIX, cuando el racismo científico empezó a proporcionar una base ideológica al expansionismo colonialista, las obras eruditas y vulgares se dedi-

caron a denigrar a China y a los chinos. Esta visión negativa se basaba en una o dos obras en inglés, a las que recurrieron algunos escritores franceses. Estas descripciones fueron utilizadas posteriormente en la literatura popular, en las novelas de quiosco, en los cómics. Incluso un célebre pensador de la república francesa como Ernest Renan, teórico de la nación francesa, se atrevió a declarar en un tono irónico y despectivo a propósito de la lengua china, de la que no era en absoluto un experto, que:

"Suficiente para las necesidades de la vida, para la técnica de las artes manuales, para una literatura ligera y de poca calidad, para una filosofía que sólo es una expresión a veces refinada, pero nunca memorable, del buen sentido práctico, en la lengua china no tienen cabida la filosofía, la ciencia o la religión" (Ernest Renan, *De l'origine du langage*, 4ª ed., París, 1864, p. 195). Treinta años más tarde, en 1889, Albert Réville, profesor de Historia de las Religiones en el Collège de France, nos explica que "China ha destacado en la mediocridad (...) [en todas las producciones del espíritu chino] se observa siempre algo de anticuado e infantil que unas veces alegra y otras impacienta" (Albert Réville, *La Religion chinoise*, profesor de Historia de las Religiones en el Collège de France. París, 1889, p. 20, 23). En el mismo momento, Paul Bonnetain, escritor en *L'Extrême-Orient*, nos confiesa que China consiste en una "multitud *revoltosa* cuyo espectáculo da escalofríos" (París, 1887, p. 323) –la cursiva es nuestra.

Y, en el mismo sentido, el reputado Pierre Loti nos habla de "...toda esta China abyecta que hierve fuera" y, en un tono mucho más despectivo, escribe "...todo esto [es] amarillo, ávido, rapaz, simiesco" (*Propos d'exil*, París, 1887, carta del 23 de diciembre de 1883, p. 115-117).

Se trata de clichés, que hay que analizar, al igual que la idea de la China inmutable, que no cambia nunca, como el propio rostro del chino, descrito en estos términos por Maurice Dubard, inspector adjunto de la Marina, en 1882: "[China] se muere... por su inmutabilidad" (Maurice Dubard, *La vie en Chine et au Japon*, París, 1882, p. 260).

La exposición de estos prejuicios, de estas cualidades negativas, prepara y justifica la ocupación de China, su reducción a un estado de semicolonialismo. Y, cuando China ya está disgregada, en 1926, D'Auxion de Ruffe comparte con sus lectores su opinión sobre las capacidades intelectuales inferiores del pueblo chino: "La enorme masa popular del interior [de China] tiene una mentalidad muy próxima a la del rumiante, como el mujik ruso" (*Chine et Chinois d'aujourd'hui, le nouveau péril jaune*, París, Beyer-Levrault, 1926).

Estos son sólo algunos ejemplos de las "características" que se suelen poner de relieve para demostrar la diferencia

absoluta entre chinos y occidentales, y la imposibilidad de tratar a los primeros como iguales, de aceptarlos en nuestros países. Otros puntos de mira incluyen la lengua china, que es descrita como infantil, inadaptada para la modernidad y poco desarrollada, y el color de la piel, amarillo y enfermizo. Un punto que se repite a menudo es la "multitud" de chinos, en China o cuando son inmigrantes, que se traduce a menudo en la metáfora "hormigas" que "pulan", o en la metáfora muy extendida en el lenguaje del racismo, y ahora banalizada en el discurso académico y periodístico, del oleaje, el flujo, la inundación, los inmigrantes concebidos como marea. El chino es descrito, al igual que su lengua, como infantil, pero al mismo tiempo es, como su país, decadente, viejo e inmutable.

El "gran" autor francés Paul Claudel, en el sumario de un "libro sobre China", titulado *Sous le Signe du Dragon*, nos sorprende cuando escribe sobre los chinos en los años veinte: "Son una plaga de ratas sucias, carnívoras, roedoras. Tienen cola, unos dientes salidos y unos ojos despiadados, burlones, una curiosidad inteligente, eternamente renovada, sin tacto, sin pudor, sin iniciativa, que huyen bruscamente, y después se enardecen en legiones, abalanzándose al asalto". Incluso al publicar tardíamente esta obra, en 1948, no pudo abstenerse de hacer comentarios deplorables sobre los chinos: "También podemos destacar de paso que esta manera de peinarse [“la trenza y el cráneo semi-rapado”] es muy acertada y contribuye a despejar y traslucir una fisonomía a menudo grave y bestial" (Paul Claudel, *Sous le Signe du Dragon*, 1948, p. 236).

Aunque los autores franceses no han tenido problemas para producir clichés sobre China y los chinos, a menudo se citaba como obra de referencia un libro escrito en inglés. Se trata del libro del misionero americano Arthur Smith, *Chinese Characteristics*, editado en Shanghai en 1890.

Smith, siguiendo la tradición del racismo científico de finales del siglo XIX, cuyas huellas todavía persisten en el siglo XXI, creía que los chinos padecían una falta de cerebro: "Es muy habitual al conversar con un chino culto tener muchas dificultades para averiguar de qué está hablando. No entiende, porque no espera entender, y tarda bastante tiempo en reunir las fuerzas intelectuales que se supone que tiene para poder utilizarlas. Su mente es como un viejo y oxidado cañón de ánima lisa montado sobre un carro decrepito" (p. 133-134).

Es importante saber que estos argumentos negativos respecto a los chinos se venían repitiendo en Estados Unidos desde mediados del siglo XIX y que una campaña llevada a cabo por los medios de comunicación y algunos dirigentes políticos contra los chinos y a favor de su aislamiento terminó por convertirlos, en 1882, en la única etnia excluida de la inmigración y la ciudadanía americanas. Esta situación se

prolongó hasta 1944. La campaña de exclusión de los chinos de la tierra de inmigración se llevó a cabo con frecuencia contra los intereses económicos de los Estados Unidos y contra la voluntad de los capitalistas americanos.

Smith, que había ido a China como misionero para “civilizar” a los chinos, escribía por lo tanto desde una posición ideológica firme, que incluso contaba con el respaldo de la ley americana. Este texto de un tal Doctor Legendre se hace eco de los escritos de Smith: “Por lo tanto, cuando buscamos la causa principal del estancamiento del Imperio, de su momificación, a la vez física y moral, sólo la encontramos en una insuficiencia del potencial cerebral de su pueblo, con los defectos que esto comporta, una manifiesta impotencia de reacción creadora, en el período de madurez, que se agrava poco a poco hasta el inmovilismo absoluto en el período del ocaso” (*Le Far West chinois: deux années au Setchouen. Récit de voyage, étude géographique, économique et sociale*, París, Librairie Plon, Plon Nourrit et Cie, 1905, 4ª ed. p. 433-434) —el destacado es, de nuevo, nuestro.

Pero se podría objetar que todo esto se remonta a un siglo atrás, o como mínimo a medio siglo, y que se trata de textos destinados más bien a los lectores de las clases superiores de la sociedad. En dicho caso, ¿cómo ha podido tener todo esto un impacto tan importante en el imaginario de los franceses, en su actitud hacia los chinos y China? Ante todo, hay que saber que estos textos han influido a menudo en la literatura más popular, una literatura que ha perdurado. Cabe mencionar, por ejemplo, al Dr. René Porak, que habla de la comida china en estos términos:

“Pero el perro [no] se salva; se corta por la mitad en dos trozos, que se aplastan entre dos planchas como se hace con las plantas que se colocan en un herbario. Con él se condimenta el arroz junto con ratas picadas, saltamontes y gusanos” (*L'âme chinoise*, París, Flammarion Editeur, 1950, p. 33). En este caso, se trata de una obra de mediados del siglo XX. Y, más recientemente, podemos citar estos pasajes extraídos de novelas populares, las “novelas de quiosco”, que llegan a un público bastante amplio, en los que se habla de las diferencias en la forma de comer: “¿Cómo vamos a encontrar Chek-Keng?, preguntó Malko mojando una gamba en una salsa que parecía detergente” (Gérard de Villiers, *SAS Hong Kong Express*, París, Editions Gérard de Villiers, 1997, p. 101). O esta otra referencia a los chinos de la diáspora, aquí en París, que comen y venden carne humana: “[Los chinos] no dejan descansar en paz ni a los fiambres. Con ellos hacen rollitos antes incluso de que las viudas tengan tiempo de velarlos” (Martin Eden, *David Lansky Hong-Kong-sur-Seine*, París, Fechner Audiovisuel Presses Pocket, 1989, p. 41).

Es innegable que estas ideas sobre las costumbres y las prácticas culinarias de los chinos están muy extendidas entre la

población occidental en general. Esta cita la encontré en una página web hace unos años. Se trata de los comentarios de una joven canadiense que parece bastante idealista y progre, por ejemplo condena el racismo, pero su visión de los chinos es totalmente desequilibrada: “Si pudiera cambiar el mundo... Acabaría con las guerras. Diría: ‘¡Basta ya! ¡Compórtense como adultos responsables de una vez! ¡Los niños quieren la paz!’. También eliminaría el racismo y todas las demás formas de discriminación. Tiraría todas las drogas a la basura. Y les diría a los chinos que dejaran de comer gatos y perros”. (Sophie, 15 años, Montreal).

La mujer china

Se ha reservado un discurso particular a la mujer “asiática” o china. La descripción de la mujer china suele ser muy estereotipada. Se considera como una niña, un juguete, muchas veces una “muñeca”. Algunos ejemplos: “Una adorable muñequita china...: cuerpo embutido en un *cheonsang* de corte sugerente” (James Eastwood, *Le visiteur Chinois*, traducido del inglés por Tanette Prigent, París, Plon, 1966, p. 112); y más tarde en la misma novela: “Ana le devolvió la sonrisa, porque en su estilo de muñeca, la chica estaba preciosa” (p. 211). En la novela del conocido James Hadley Chase, hay un juego de palabras con la palabra inglesa “toy”, que quiere decir “juguete”: “Cómodamente apoyado, cruzó sus largas piernas esperando la llegada de Tan-Toy, un bonito juguete” (*La blonde de Pékin*, traducido del inglés por J.F. Gavrand, París, Presses Pocket, 1966, p. 250). Y además, el cuerpo de la mujer china se compara a menudo con el de un niño: “Su cuerpo era tan menudo que tenía la impresión de violar a una niña” (de Villiers, 1997, *SAS Shanghai Express*, p. 88). Si el hombre chino se describe frecuentemente como una persona obediente y sumisa, la mujer china o asiática tiene más razón de serlo. Esta cita de una novela de quiosco data de 1974: “Coged un tuc-tuc las dos. Nos encontramos ahora en el Diplomate Club. Las dos chicas se levantaron sin protestar y salieron. Dóciles, como todos los asiáticos” (de Villiers, *SAS Roulette Cambodgienne*, París, Plon, 1974, p. 93). “Dóciles, como todos los asiáticos” y a menudo representada como una mujer “fácil”, como una prostituta, y de todos modos como un objeto sexual: “¿Sabe que las chinas son las putas más malas del mundo? No se mueven, si no es para aplastar mosquitos mientras la pareja se debate encima de su cuerpo. Esto les honra. Como cantaba Brassens, *si no oye el latido del corazón, el cuerpo no reacciona*” (Paul Kenny, *Dés pipés à Taipei pour Coplan*, París, Editions Fleuve Noir, 1995 p. 81).

El “invasor”

Y, además, existe esa imagen perpetuada y repetida una y otra vez en los periódicos y medios de comunicación que es

la visión de los chinos como invasores. Quisiera recordar aquí la metáfora generalizada, mencionada anteriormente, del agua invasora. Es prácticamente imposible hablar de las migraciones y los movimientos de personas sin recurrir al lenguaje relacionado con los oleajes, las mareas; hablamos siempre de "oleadas" de inmigrantes. La he denominado la metáfora de la inundación o el "miedo a ahogarse" (véase Gregory B. Lee, *Troubadours, Trumpeters, Troubled Makers*, Duke University Press, 1996. Cap. 7, p. 179-233). El agua da miedo, el agua en su estado natural a menudo es turbia. No sabemos lo que hay en el fondo de un estanque, y el agua que nos inunda es amenazadora, peligrosa. Así pues, esta metáfora nunca es inocente.

Encontramos un ejemplo clásico de este uso lingüístico que ilustra cómo la imagen del chino "de allí" es inseparable de la del chino "de aquí" en una obra de 1921:

"¿Cómo se puede parar esta oleada de razas de color que amenazan con engullir a los 'islotos blancos'?" (Alfred Fouillée, *Tempérament et caractère selon les individus, les sexes, et les races*, París, Librairie Félix Alcan, 1921, 5ª edición, p. 348).

Recientemente, la amenaza de la mano de obra china barata, ya sea en Europa o en China, se ha convertido en un tema candente en la prensa. Pero ya en el siglo pasado e incluso en el anterior se aludía a esta amenaza económica china. La campaña parlamentaria inglesa de 1906 estuvo dominada por la cuestión de los trabajadores chinos en Sudáfrica (colonia británica), ya que los sindicatos británicos, de forma muy racista, pretendían reservar estos empleos a los ingleses blancos. Unos argumentos parecidos se habían utilizado anteriormente para excluir a los emigrantes chinos y japoneses de California y Hawai. Ya a finales del siglo XIX, se preveía la amenaza de las mercancías y la mano de obra barata que perjudican a las industrias occidentales. Y fue en ese momento cuando se empezó a hablar del "peligro amarillo":

"¡Y ya veremos cuando China se organice industrialmente! Fabricará la mayoría de nuestros productos a precios tan bajos que ninguna barrera aduanera será eficaz contra la inmersión de dicha competencia". Y la frase que sigue recuerda muchas de las observaciones que se pueden escuchar ahora, en 2007, en la radio, la televisión y la prensa escrita: "Y, en realidad, no veo cómo la civilización europea podrá, cuando llegue el momento, defenderse de una desgracia de este calibre". La única diferencia con el discurso

"Es prácticamente imposible hablar de las migraciones y los movimientos de personas sin recurrir al lenguaje relacionado con los oleajes, las mareas; hablamos siempre de 'oleadas' de inmigrantes. La he denominado la metáfora de la inundación o el 'miedo a ahogarse' (...) Esta metáfora nunca es inocente."

de finales del siglo XIX es que entonces el periodista podía hacer referencia a "este problema terrible del 'peligro amarillo' abiertamente" (*Le Petit Journal*, nº 297, 26 de julio de 1896, p. 234). Quisiera observar una vez más que se hace referencia a la metáfora de la inundación "precios tan bajos que ninguna barrera aduanera será eficaz contra la inmersión de dicha competencia". Más de medio siglo más tarde, ya hemos dejado atrás la época del "peligro amarillo" y hemos pasado a la de la amenaza de la China Roja, pero también aquí encontramos la metáfora de la inundación: "*La oleada* de es-

tudiantes chinos que se han infiltrado en las universidades americanas..." (Porak R. 1950, p. 168). Y, un poco más tarde, en una "novela de quiosco" escrita en plena Revolución Cultural china, aparece el término "marea" para describir a los chinos: "Paradójicamente, el hecho de que fuera el único blanco en la marea humana que lo rodeaba jugaba a su favor" (Josette Bruce, *Sarabande à Hong Kong pour O.S.S. 117*, París, Presses de la Cité, 1968, p. 10).

Todas estas metáforas, todos estos estereotipos vuelven a aparecer en las representaciones de los chinos de ultramar, en la diáspora china. Pero también existen particularidades para describir a los chinos de la diáspora, en los barrios chinos, los Chinatowns, de los que a menudo se sospecha que actúan de manera secreta, poco legal, incluso misteriosa. En una novela que combina escenas de China con escenas de Chinatown, podemos leer que "en las cercanías de la Little Italy, en Chinatown, [se encuentra] el misterioso barrio chino, y más lejos misteriosas siluetas se escurren entre las casas..." (André Favières, *Mister Tcham du Peking Hotel*, París, Editions du Gerfaut, 1968, pp. 132, 196).

Y, efectivamente, Chinatown, al igual que los chinos y que China, sigue siendo un misterio en el imaginario occidental.

Minoría modelo

Pero, en Europa y América del Norte, coexiste simultáneamente con estereotipos negativos, una imagen del chino inmigrante tranquilo, prudente, mañoso y que no causa problemas, que no se mete donde no le llaman, que se distingue de otros inmigrantes más molestos: "Los chinitos tienen unos precios en este momento... Belleville [otro barrio chino de París] es todavía más barato que Chinatown. ¿Te das cuenta? Media docena de rollitos a tres francos, (...) ¡Los árabes están acabados, Lansky!" (Martin Eden, *David Lansky Hong-Kong-sur-Seine*, París, Fechner Audiovisuel Presses Pocket, 1989 p. 59).

Aquí, los chinos, aunque se les sigue denigrando con la denominación "chinitos", salen bien parados en comparación con los "árabes", es decir, los inmigrantes de las antiguas colonias francesas de África del Norte.

Naturalmente, este tipo de preferencia es ilusoria y en cualquier caso provisional. Ya que, del mismo modo que el inmigrante "árabe" se puede describir de forma negativa, los olores y los ruidos extraños de los chinos también se pueden definir como desagradables:

"...se escuchan gritos (...) se respira el *hedor* de los residuos, la *peste* de la grasa y el ajo (...), así son las calles de Beijing" o: "Las mismas tiendas, el mismo hormigueo, el mismo barullo, los mismos olores, sobre todo... en Beijing, Singapur, Saigón o Shanghai" (Louis Sabattier, "Un mois à Pékin". La capitale de la poussière et sa garnison cosmopolite" *L'illustration*, 25 de enero de 1913, p. 111 y 114).

"El barrio estaba impregnado de ese olor particular de las ciudades chinas, hecho de múltiples fragancias, algunas de las cuales tenían un origen que valía más no revolver" (Bruce Josselyn, p. 88). "Y de esta multitud china en plena agitación, brotaban poderosos olores" (Olivier Max, *Paix Chinoise*, París, Les Presses Noires, 1967, p. 75). "Malko se encontró acorralado entre dos chinos que apestaban a col" (de Villiers, *SAS L'Otage du Triangle d'Or*, París, Editions Gérard de Villiers, 1995, p. 69).

Vamos a cerrar aquí este triste capítulo de comentarios negativos de la prensa y la literatura popular que, desgraciadamente, alimentan un imaginario colectivo que la prensa y los políticos poco escrupulosos siempre pueden resucitar.

La visión de China como una reserva de diferencias

Desde hace varios años, lo que ha predominado en el imaginario popular occidental, y no sólo popular, como vamos a ver, es la idea de China como utopía alternativa. El hecho de que las ideologías hayan muerto en Europa, de que cada vez menos personas encuentren consuelo en los cultos tradicionales, no significa que no sigan buscando la espiritualidad y maneras alternativas de vivir. En esta búsqueda, China puede aparecer como una fuente de alternativas, de "filosofía oriental". En esta visión de China, nos olvidamos de la historia revolucionaria, la modernización del país, la americanización, los MacDonalds y Starbucks que encontramos en cualquier esquina, los juguetes de plástico que com-

pramos para nuestros hijos fabricados en China por niños, la "amenaza" de la potencia económica china. China se convierte en bambú y *fengshui*, una reorganización de nuestros muebles que nos traerá suerte y nos proporcionará paz interior. Incluso los paneles luminosos de las autopistas francesas instan al conductor a practicar el *zen*.

Hay eruditos, filósofos, sociólogos en Francia que reflexionan sobre la sociedad moderna en general y para los que

"Oriente" es una referencia no en lo que respecta a los dilemas de la modernidad, sino siempre como reserva de diferencias, de pensamiento tradicional.

Pienso, por ejemplo, en el famoso sociólogo Michel Maffesoli, un investigador de renombre que en su libro *El instante eterno* reflexiona sobre esta "posthistoria" que va de la mano de las sociedades postmodernas. *A grosso modo*, su

conclusión es que debemos contentarnos con la vida presente, acostumbrarnos a una existencia donde el tiempo permanece inmóvil, donde el futuro no puede ser mejor, donde la vida no tiene rumbo y la humanidad sigue estando a merced del destino.

Cuando Maffesoli habla de Oriente, normalmente no menciona ningún país concreto. No habla de China, de Japón, ni siquiera de Asia, sólo de Oriente. Y Oriente es lo exótico (lo extraordinario). Por lo tanto, lo que es diferente se generaliza y pierde cualquier particularidad. Y cada vez que Maffesoli se refiere a "Oriente", es un Oriente imaginario, donde todo el mundo es filósofo o místico, y donde todo pensamiento es tradicional.

Para Maffesoli, Oriente es siempre el pasado, como si la historia moderna, el pensamiento moderno, la reflexión moderna de los pensadores del siglo XX no existiera. Es probable que Maffesoli no conozca bien esta historia moderna, y quizás sea culpa nuestra, de los sinólogos, que no hemos sabido transmitirla a Occidente.

Para Maffesoli, el "oriental" es aquel que lo acepta todo con una mentalidad casi mística, y Oriente, un lugar donde todo está en armonía con la naturaleza; el oriental no es un ser vivo, sino una filosofía de pasividad.

"Perspectiva oriental, o simplemente "tradicional", que no quiere ser agresiva con el entorno natural o social sino que, al contrario, se dedica a perderse en la gran forma del mundo para adaptarse mejor a sus contornos".

Habrán observado que esta frase ni siquiera tiene un sujeto específico humano. Ni siquiera es el oriental este sujeto ficticio, amalgamado y homogéneo, sino la “perspectiva oriental”. Además, alguien que conozca los progresos industriales de China y de Japón, y los problemas medioambientales que han provocado, no puede hacer referencia a la ausencia de agresividad respecto a la naturaleza.

La frase siguiente nos muestra que las sociedades no occidentales modernas ni siquiera forman parte de la reflexión de este libro:

“¿Se está orientalizando la vida ordinaria?”, pregunta Maffesoli. Y, naturalmente, para Maffesoli la “vida ordinaria” es la de los franceses, los europeos, pero no la de los chinos, los indios, los árabes y los centenares de otras sociedades que habitan la realidad diaria de Asia. Es un mundo posmoderno en el que el no occidental está ausente, es invisible. De este modo, Oriente sólo tiene una existencia mítica, tradicional, metafórica.

Está claro que las prácticas premodernas forman parte de esta complejidad que es China, pero favoreciendo un aspecto por encima de otro o según se nos antoje; China es zen hoy, porque quiero aprender artes marciales, pero es cruel y brutal mañana, puesto que nos visita el Dalai Lama, o cuando su mano de obra amenaza a la nuestra. Y el imaginario popular es así, compartimentado, sin matices. A menudo nuestros conocimientos de China se reducen a un puñado de ideas y hechos preconcebidos de forma muy vaga.

En el ámbito económico, desde hace siglos China ha representado para el Occidente capitalista un mercado de ensueño. La “multitud” de consumidores potenciales siempre ha atraído a los comerciantes y a los gobiernos occidentales. A partir de mediados del siglo XIX, los ingleses intentaron obligar a los chinos a abrir sus fronteras al “comercio”, en realidad a las importaciones, y a través de las guerras del opio los ingleses lograron su objetivo imponiendo a la población china un consumo impulsado por un producto ideal, un producto de hábito. Este comercio contribuyó a la ruina económica del país. Ahora, tras el entusiasmo inicial de finales del siglo XX por el viraje de China hacia el capitalismo salvaje después de Tiananmén, Occidente empieza a temer su poder económico. Así pues, nos encontramos ante un imaginario nuevamente esquizofrénico, ya que China, que cada

“Para Maffesoli, Oriente es siempre el pasado, como si la historia moderna, el pensamiento moderno, la reflexión moderna de los pensadores del siglo XX no existiera. (...) Un lugar donde todo está en armonía con la naturaleza; el oriental no es un ser vivo, sino una filosofía de pasividad.”

“En el ámbito económico, desde hace siglos China ha representado para el Occidente capitalista un mercado de ensueño. (...) Desde esta perspectiva, el chino ya no es un sujeto colectivo místico o sabio, sino simplemente un consumidor”

vez consume más recursos naturales para producir mercancías destinadas a la exportación, contribuyendo de este modo a los problemas de contaminación mundial, sigue siendo un mercado clave para las sociedades transnacionales.

Desde esta perspectiva, el chino ya no es un sujeto colectivo místico o sabio, sino simplemente un consumidor, como pone de relieve este cartel publicitario gigante de Emerson en la terminal internacional F del aeropuerto Charles de Gaulle de París, en el que aparece

un niño de una minoría étnica vestido de forma pintoresca y con colores vivos, sobre un fondo de montañas y cielos azules, en el que se indica: “Este año, nacerán en China 17 millones de nuevos consumidores de artículos de plástico”. Y a continuación pregunta al viajero/hombre de negocios: “¿Está listo?”. Ya se han olvidado los problemas de contaminación. O la falta de petróleo. El chino se convierte en lo que somos todos, un simple consumidor.

¿Qué opinan las comunidades e individuos “de aspecto asiático” dentro de la diáspora china de esta visión de China tan arraigada? Antes de los años setenta, la reacción de los chinos ante esta representación extranjera de ellos mismos se limitaba a los escritores e intelectuales que, a partir de finales del siglo XIX, con el poeta y diplomático Huang Zunxian, empezaron a comentar las discriminaciones raciales y los prejuicios contra los chinos en Estados Unidos, donde esta actitud antichina desembocó, como se ha visto anteriormente, en una campaña para la exclusión jurídica de los chinos del territorio americano a partir de mediados del siglo XIX, y se institucionalizó en una ley de 1883 que excluía a los chinos de nacionalidad estadounidense. Los chinos perdían de este modo el derecho a inmigrar o a casarse con blancos. Esta situación perduró durante más de sesenta años. El poeta Wen Yiduo, que vivió durante los años veinte en Estados Unidos cuando era estudiante, tam-

bién se ha quejado en su poesía del desprecio americano por los chinos. En cuanto a los americanos de origen japonés, fueron internados en campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, un trato que no recibieron ni los

americanos de origen alemán ni los de origen italiano.

No fue hasta los años sesenta, durante la guerra de Vietnam que, bajo el impulso del movimiento de los derechos civiles, los descendientes de inmigrantes chinos y japoneses empezaron a movilizarse para que se les reconociera como americanos de pleno derecho. La identidad “Asian American”

se extendió a partir de ese momento, propagada por los relatos de los novelistas Shawn Wong, Frank Ch'in, y del poeta Lawson Inada, aunque el público en general esté más familiarizado con la obra de la escritora Maxine Hong Kingston o la de Amy Tan. En Europa, este movimiento no ha tenido tanto eco. En Inglaterra, Brian Chan, entre otros, animó a los descendientes de inmigrantes y a los recién llegados a narrar sus experiencias y, durante los años noventa, la revista *Brushstrokes* publicó recuerdos, relatos y poemas en inglés y en chino, personificando la naturaleza variada y poco homogénea de esta comunidad china. En Francia, donde la situación es más complicada por la naturaleza tan heterogénea de la comunidad asiática, que se denomina "china", y también por la política jacobina francesa de asimilación que no fomenta la construcción de una identidad híbrida, hay muy pocos escritores franceses descendientes de inmigrantes que escriban sobre la experiencia de la diáspora. La mayoría de escritores de origen chino que escriben en francés, como Dai Sijie, son inmigrantes recientes y, por lo tanto, su experiencia se aleja bastante de la de la comunidad asiática francesa "tradicional". ¿Cómo se representa, pues? La mayor parte de los franceses sólo coinciden con "asiáticos" cuando van a un restaurante exótico. Este encuentro depende del ámbito comercial y del imaginario. Para vender a los franceses, hay que respetar sus deseos y sus expectativas que el imaginario popular preexistente de China ya se ha encargado de construir. Si el francés quiere comida "china", pues los camboyanos y los vietnamitas se reinventan como chinos. Si el francés quiere comer "sushi", el vietnamita se reinventa como japonés. Desde los años setenta, período en que resurgió el interés por la cocina china, la mayoría de los restaurantes regentados por inmigrantes del Sudeste Asiático –desde hace siglos, el Sudeste Asiático constituye una gran diáspora de inmigrantes chinos– destacan su "carácter chino", aunque estos franceses de "origen asiático" no sean de origen chino. Esta autorrepresentación intenta satisfacer las expectativas de los franceses, si bien implica que tengan que ocultar totalmente su procedencia étnica. Entonces se produce un curioso fenómeno semiológico en una especie de división en la nomenclatura de los restaurantes que, por un lado, emplean en francés imágenes conocidas por el público francés, asociadas a China en el imaginario francés y, por otro lado, en escritura china, utilizan nombres que recuerdan los orígenes y la procedencia étnica o geográfica de los restauradores. El barrio "chino" de Lyon, por ejemplo, donde la mayoría de los restaurantes están regentados por asiáticos procedentes del sudeste de Asia, ofrece una mezcla muy variada de identidades y autorrepresentaciones, a través de las cuales se

destaca el carácter chino o la procedencia vietnamita. Así pues, por ejemplo, "El pato laqueado" en francés se convierte en "La pagoda dorada" en chino; "El buey dorado" en francés y el "Fast Food Diamant" en chino, o "Indochina" en francés y "Pagoda de la Montaña Dorada" en chino. Pero también hay restaurantes sin nombre chino, como "El junco dorado", regentado por unos vietnamitas. Hay otros nombres de restaurantes y supermercados que dan prioridad a su identidad vietnamita: los restaurantes "Ha Noi" y "Vietnam City – Cocina al wok" o el supermercado "Saigón". Y también están los establecimientos que intentan presentar un escaparate "asiático" más general, como el supermercado denominado en chino "Gran pagoda dorada" y en francés simplemente "Supermercado Asia". Pero una misma familia puede tener varios establecimientos que recurran a identidades diversas. Es el caso de estas dos hermanas, una de las cuales es propietaria del supermercado "Phnom Penh" en francés, "Pagoda dorada" en chino, y la otra del supermercado "China Express" en francés, "Nuevo Supermercado Pagoda Dorada" en chino. Más recientemente, como se ha visto más arriba, los restaurantes chinos y vietnamitas se han convertido en bares de sushi; este fenómeno también existe en España, donde la inmigración es más reciente y, en general, procede de China. Los nombres de los restaurantes son más generales y no presentan variaciones entre los nombres españoles y chinos. Encontramos los restaurantes chinos que se declaran como tal, como el "Confucio", pero también el "Dao", es decir, que se identifican claramente con los iconos chinos. El restaurante "Oriente" en la Rambla de Barcelona, en chino y en español, es un caso ambiguo, ya que se encuentra en la planta baja del famoso hotel barcelonés Oriente.

Sin embargo, parece que en este momento político-histórico, donde los males de un sistema capitalista mundializado se atribuyen a la amenaza de la presencia económica de China a escala planetaria y donde existe un claro riesgo de recrudescimiento de los sentimientos antichinos, y por extensión antiasiáticos, hay que intentar corregir de nuevo esta imagen negativa que se tiene de China. Porque China, a pesar de lo que muchos novelistas y otros comentaristas intentan afirmar desde hace más de un siglo, no es una nación de monstruos. China no es una sociedad donde todo el mundo está constantemente reflexionando de manera zen o similar sobre el sentido de la vida. La mujer china no es una muñeca, sino un ser humano que merece ser respetado como cualquier otra mujer. En definitiva, los chinos sólo son personas que deben negociar y hacer frente a una modernidad incierta, como nosotros, como todos.